

El Naufragio del USS. «Waterree»

Al internarse en el desierto el tren que va de Arica a Tacna, los pasajeros pueden observar a un centenar de metros de la vía una gran caldera naval semi-enterrada en la arena. Es el único vestigio del naufragio del USS "Waterree". Es difícil explicarse cómo llegaron a 500 metros de la playa los restos de este buque de guerra de los Estados Unidos, pero una vez que se lee la narración del terremoto que sacudió a la ciudad de Arica el 8 de agosto de 1868 y del maremoto subsiguiente, el interrogante se transforma en asombro, ya que el navío fue levantado por las olas y arrastrado dos millas sobre la tierra hasta depositarlo al pie de las dunas que bordean la costa valle adentro y un segundo maremoto lo llevó a la actual posición más cercana al mar.

En agosto de 1868 se encontraba en la rada de Arica el USS "Waterree" en revisión de máquinas y calderas, luego de haber remolcado a ese puerto al buque depósito "Fredonia", preparándose para regresar directamente a San Francisco de California.

Arica —en aquel entonces— era una floreciente ciudad, levantada al pie del Morro y sus construcciones de adobe se internaban en el desierto siguiendo las ondulaciones del terreno.

Las actividades comerciales se desarrollaban en torno al puerto, único acceso para la próspera región circundante y en el ferrocarril de Arica a Tacna. En la fecha señalada numerosos buques mercantes descargaban en el puerto, estando fondeados muy próximos unos de otros en las cercanías de la isla Alacrán. Asimismo se encontraba en la rada el buque de guerra peruano "América".

EL SISMO

Alrededor de las cuatro de la tarde se produjo un fuerte terremoto que asoló toda la región, sintiéndose con bastante violencia en las naves surtas en la rada, haciendo que sus tripulantes se reunieran en cubierta.

La ciudad —vista desde el mar— aparecía cubierta con una nube de polvo, producida por las casas y construcciones —todas ellas de adobe— al desplomarse por la violencia del sismo. Al mismo tiempo, se escuchaba un ruido ensordecedor que crecía por momentos.

Los cerros se bamboleaban y el suelo con sus ondulaciones se asemejaba a un mar embravecido.

A través del velo impenetrable del polvo llegaron hasta las naves los gritos de socorro de los habitantes que trataban de salvarse de la catástrofe, que había alterado tan bruscamente la vida de los ariqueños.

A medida que el polvo fue disipando, ante los ojos de los asombrados navegantes apareció un panorama desolador. Donde antes hubo una ciudad feliz y llena de vida sólo quedaba un montón de ruinas; una que otra casa se mantenía milagrosamente en pie, mientras de entre los escombros que bloqueaban las calles, hombres y mujeres luchaban por zafarse de los restos de sus hogares que los aprisionaban.

¿Cuánto duró el sismo? Difícil fue para los tranquilos ciudadanos pensarlo; las crónicas señalan 4 a 5 minutos, pero la duración del movimiento no debe haber sido mucho más de un minuto, lo que fue una eternidad para las víctimas.

El Comandante del "Wateree", con el recuerdo aún latente del maremoto que había seguido al terremoto de Santa Cruz, se aprestó para hacer frente a cualquier eventualidad. Se fondearon anclas adicionales, las bodegas fueron cerradas herméticamente y afirmados los cañones con gruesos cabos. Durante unos minutos se desarrolló una febril actividad a bordo.

Mientras tanto en tierra, los que habían escapado de la catástrofe se agolpaban en un pequeño muelle de la playa, llamando a los tripulantes de los navíos para que fueran a socorrerlos. En vista

de esto el "Wateree" preparó una partida de cuarenta hombres, que armados de picos y palas y otros instrumentos apropiados se embarcaron en un bote de doble bancada.

Llegada la embarcación a tierra, desembarcó la tripulación quedando un marinero a cargo del bote. De pronto se escuchó un gran ruido y desde a bordo pudieron ver cómo la gran masa humana que se congregó, había desaparecido tragada por el mar. Igualmente el bote se perdió en medio de un torbellino de aguas que marcaron el comienzo del maremoto, haciendo la primera y única víctima que tuvo el "Wateree" entre su tripulación, en el marinero que había quedado a su cargo.

SOBREVIENE EL MAREMOTO

La descripción del maremoto la hemos tomado de la narración que hizo un testigo presencial, el Contralmirante L. G. Billings, USN., que formaba parte de la oficialidad del USS "Wateree" y que publicó el "National Geographic Magazine" en su número de enero de 1915. Dice el marino en su descripción: "De pronto fuimos nuevamente alarmados por un terrible ruido producido en tierra, semejante a una descarga de fusilería y que duró varios minutos. Nuevamente la tierra se meció de uno a otro lado y esta vez el mar retrocedió hasta que los navíos quedaron en seco, varados en el fondo, el cual podía verse a todo nuestro alrededor. Jamás ser humano ha podido contemplar semejante panorama, las profundidades quedaron secas y los peces se debatían en su agonía.

Los navíos de casco redondo quedaron de costado, mientras el "Wateree" que era plano se mantuvo adrizado. Cuando el mar volvía a su sitio lo hizo en forma de una ola gigantesca que arrolló a todos los buques, algunos de los cuales quedaron quilla arriba y otros fueron totalmente destruidos. El "Wateree" montó con cierta facilidad sobre la cresta de la enorme ola, sin sufrir daños debido a su construcción de quilla plana.

Desde ese momento parece que el mar olvidó las leyes de la naturaleza. Las corrientes tomaron direcciones opuestas,

moviendo a nuestro buque de un punto a otro con una velocidad vertiginosa, mientras los movimientos sísmicos continuaban repitiéndose aunque con menor intensidad.

El buque de guerra peruano "América" que había levantado rápidamente presión en sus calderas para hacerse a la mar, alcanzó a zarpar. Se encontraba a una buena distancia del puerto cuando la recogida del mar lo dejó en seco quebrándose la quilla y dejando inoperante su maquinaria, para luego, con las chimeneas aún arrojando humo, lanzarlo encima del malogrado "Fredonia", que a su vez se precipitaba sobre el Morro, embistiéndolo. Luego, una contracorriente lo tomó y alejó en dirección contraria.

En el islote Alacrán, que se levanta algunos pies sobre la superficie del mar, habían construido un fuerte que montaba cañones de quince pulgadas empotrados firmemente. Había una guarnición de unos 100 hombres. Al ser arrastrado el "Waterree" por la corriente nos encontramos en un momento a poca distancia de este fuerte y tenemos ser lanzados sobre el roquerío, cuando repentinamente lo vimos desaparecer bajo las aguas. Al volver a aparecer poco después, semejante a una gran ballena, no sólo había desaparecido la guarnición, sino que también los enormes cañones que fueron arrastrados por las olas. ¡Es de imaginarse la fuerza del enfurecido mar que había podido levantar esas inmensas masas de hierro que pesaban varias toneladas, arrancándolas de sus soportes!

Mientras tanto se hizo de noche y no sabíamos donde estábamos debido a la obscuridad y a la ausencia del faro. Las pocas luces que había en tierra solamente servían para desorientarnos más. Alrededor de las 22.30 horas un marinero de guardia dio voces de alarma por la proximidad de lo que él estimaba una rompiente. Mirando hacia el mar, vimos una delgada línea de reflejos fosforescentes que subían más y más hasta parecer que su cima tocaba el cielo. Estaba coronada por una aureola también fosforescente y dejaba ver las turbias aguas de su parte inferior. Esta gigantesca catarata venía acompañada de un ruido que parecía producido por mil rompientes a la vez. Así fue como llegó el más gigantes-

co maremoto. De todos los horrores presenciados desde las 16.00 horas, durante ese calamitoso día, éste nos pareció el peor de todos.

Con el buque anclado en un sitio cuya posición desconocíamos y nosotros imposibilitados para escapar, a pesar de todas las precauciones sugeridas por la habilidad humana, no podíamos hacer nada para detener la monstruosa ola que se aproximaba como tampoco podíamos esperar ayuda ni socorro alguno. Lo único que pudimos hacer fue sujetarnos a un cable tendido exprofeso para mantenernos a duras penas en pie.

Con un ruido ensordecedor, nuestro buen navío fue enterrado bajo una sólida masa de agua y arena. Por un espacio de tiempo que nos pareció una eternidad, durante el cual sólo se oían los crujidos de la madera del buque, nuestro firme "Waterree" luchó nuevamente por llegar a la cima de la ola con su tripulación, cogida de los cables salvavidas. De la tripulación había unos pocos seriamente heridos, pero ninguno muerto ni perdido.

Nos pareció un milagro haber escapado con vida, y ahora, recordando este hecho a través de los años, nos parece doblemente milagroso.

Sin duda alguna nuestra salvación se debió al tipo del barco. La artillería estaba montada en las bandas, pero cuando no estaban en batería se aseguraban en el centro del buque. Los portalones a los costados estaban diseñados de tal manera que cuando no estaban en uso podían ser arriados, dejando una abertura de más o menos la tercera parte del buque, prácticamente al nivel de la cubierta, semejante a bajar una celosía. Estos portalones habían sido arriados a comienzo de la tarde para prevenir daños que pudiera causar un posible maremoto. Esta precaución permitió que el agua rebasara de la cubierta, como sucede con una balsa.

El buque fue arrastrado velozmente durante un corto tiempo, pero poco después, cesó esta vertiginosa carrera. Arriamos una linterna por el costado y descubrimos con gran sorpresa que estábamos en tierra firme, pero ignorando desde luego en qué lugar. Pequeñas olas bañaban el casco de tarde en tarde, pero después de un rato, esto también cesó. Du-

rante algún tiempo continuamos en nuestro puesto de combate, pero como el buque quedó en seco y como no ocurría otra novedad, se dio orden a la tripulación que no estaba de guardia que se acostara a dormir.

Nos encontramos varados en la costa. El sol de la mañana nos mostró una escena de desolación, rara vez vista. Nos hallábamos en una pequeña ondulación de la línea de la costa. Habíamos sido arrastrados a una distancia de más o menos tres millas de nuestro fondeadero original e internados dos millas tierra adentro. El maremoto nos había lanzado valle adentro por encima de las dunas que bordean la costa, dejándonos al pie de los cerros próximos a la costa. Sobre el frontis casi perpendicular de éstos, el piloto descubrió huellas dejadas por el maremoto y por mediciones que hizo, descubrimos que las aguas sobrepasaron en 47 pies la altura de las dunas. Si las olas nos hubiesen arrastrado unos 200 pies más hacia el interior, hubiésemos sido destrozados inevitablemente contra la falda de los cerros. El buque quedó varado tan adrizado como si estuviéramos a flote, con nuestro pabellón flameando y el ancla a proa con sus 100 brazas de cadena extendidas como si lo hubiéramos hecho nosotros mismos. Parece casi imposible pensar que la pesada ancla con que habíamos fondeado más sus 100 brazas de cadena, hubieran podido resistir los embates del mar durante toda la tarde.

Esta prueba no fue resistida por los demás buques.

Cerca de nosotros encontramos los restos de un gran buque inglés, el "Chancelia", con una de las cadenas enrollada alrededor del casco, pasando ésta de babor a estribor, como consecuencia de las volteretas que dio el barco en su lucha con las enfurecidas olas. Un poco más cerca del mar yacían los restos del "América", tumbado sobre uno de sus costados, y diseminados por la arena de los alrededores los despojos del mismo".

EFFECTOS DEL MAREMOTO

Este maremoto es uno de los más fuertes que se han experimentado en la costa de Chile y fue muy similar al del 22 de mayo de 1960. El relato del Almirante Billings bien podríamos colocarlo en bo-

ca del capitán del vapor "Santiago", del "Canelo" o del "Carlos Haverbeck" que fueron sorprendidos en aquel maremoto en el puerto de Corral, sufriendo igualmente los embates del mar que hicieron incontrolables los movimientos de las naves.

Arica quedó convertida en una pampa arenosa.

Salvo las casas de los alrededores todo fue destruido, ya que las que se salvaron del terremoto fueron arrasadas por el mar. Los escombros estaban diseminados por toda la ciudad. Las pérdidas fueron cuantiosas y los muertos y heridos proporcionales a ellas.

El lugar presentaba grietas profundas de más de 30 metros de ancho, muchas de las cuales sirvieron de tumba a los desprovistos habitantes, en su huida durante el sismo.

Las laderas del Morro se agrietaron en círculos concéntricos, y como los indígenas enterraron allí sus muertos, aparecieron en la superficie las momias de los aborígenes. Se conservaban intactas por los nitratos que contiene el suelo y mantenían su posición de cuclillas dando frente al mar.

La línea de la costa se levantó hasta 6 metros en algunos puntos, en una extensión afectada de más de 600 millas.

El maremoto se dejó sentir hasta las islas Sandwich —distante 5.580 millas— con una diferencia de 12 horas y 37 minutos, tiempo que demoró en trasladarse desde las desoladas costas de Arica.

El epicentro del movimiento sísmico estuvo en Arica y se sintió con gran intensidad hasta casi mil millas de distancia, afectando igualmente a Bolivia.

El USS "Wateree", a pesar de haber quedado casi intacto, fue desmantelado porque se determinó que era imposible lanzarlo al agua nuevamente.

El casco subastado públicamente fue destinado a hotel, pero en cambio desempeñó funciones de hospital y bodegas. El maremoto de 1877 lo acercó al mar, dejándolo en su actual posición, donde sirvió de blanco para los cañones durante la Guerra del Pacífico.

La gran caldera, que hemos señalado al comienzo, es el único vestigio que queda del USS "Wateree", como muestra elocuente de los efectos de un maremoto.